

CAPITULO CI.

Primeras consecuencias de la internación de los moriscos.—El marqués de los Velez derrota á Aben-Humeya.—Carta de Felipe II al marqués de Mondéjar, y marcha de este á la corte.—Muerte de Aben-Humeya á manos de los suyos.—Sucedele Aben-Abó.—Sale á campaña D. Juan de Austria.—Toma de los fuertes de Galera, Seron, Tijola y otros.—Tratos con el Habaquí.—Internación de los moros de paz.

Fue la internación de los moriscos en Castilla, medida cruel, de pequeñísimos resultados beneficiosos, é incomparablemente de mayores perjuicios, pues aparte del vacío que en Andalucía, y particularmente en Granada y sus barrios, dejaban los moriscos de la Vega, comprendidos también en el decreto, antes que seguir la suerte de sus hermanos de la ciudad, prefirieron huir á la Alpujarra con cuanto pudieron llevarse, y esconder lo restante, aumentando así en cifra no despreciable el número de los rebeldes. De aquellos tres mil quinientos que, según dijimos, fueron internados, la mitad perecieron en el camino, agobiados de tristeza y fatiga los unos, robados y maltratados por los mismos encargados de su conducción y custodia los mas; de modo que aun fue prudente arbitrio el de los que se acogieron á la sierra.

La guerra continuaba con fortuna varia. Reforzado el marqués de los Velez con la gente de D. Luis de Requesens, internóse en la Alpujarra, rechazando á las partidas de monjes que se opusieron á su paso, y llegando hasta Valor, deshizo allí á las fuerzas rebeldes acudidas por el mismo Aben-Humeya, que le hicieron frente. Este triunfo hubiera producido un gran efecto entre los moriscos y adelantado tal vez la pacificación, si no hubiera neutralizado su influencia el socorro de moros argelinos mandados por el turco Hussein, que por entonces le envió el virey Uluch-Alí, á instancias de Fernando-el-Habaquí, uno de sus caudillos.

Con todo, la victoria no dejó de infundir algún aliento á los cristianos, y mayores hubieran sido sus consecuencias sin las disensiones que en el seno del Consejo y entre los individuos de este y el marqués de los Velez surgieron, suponiendo el vencedor de Aben-Humeya que el marqués de Mondéjar, Luis Quijada y el duque de Sessa trataban de desacreditarle, y sosteniendo estos que para tanta gente como se le había proporcionado no correspondían los resultados obtenidos, y que sin necesidad alguna había consumido gran cantidad de bastimentos.

Entre el de Mondéjar y el de los Velez eran mayores las recriminaciones, y tanto para cortarlas, como porque el primero, partidario de las medidas suaves y políticas, encontraba siempre gran oposición, así en el Consejo de D. Juan, como en el ánimo de Felipe II, escribióle esta la siguiente carta:

«Marqués de Mondéjar, primo, nuestro capitán general del reino de Granada: porque queremos tener relación del estado en que al presente están las cosas dese reino, y lo que convendrá proveer para el remedio dellas, os encargamos que en recibiendo esta os pongais en camino, y vengais luego á esta nuestra corte para informarnos de lo que está dicho, como persona que tiene tanta noticia dellas; que en ello, y en lo que hagais con toda la brevedad, nos ternemos por muy servido. Dado en Madrid á 3 de setiembre de 1569.» Una vez alejado de Granada el Marqués con este honroso pretexto, llevóse primero el Monarca á Córdoba, donde iba á celebrar cortes, y le nombró despues virey de Valencia.

Con la marcha del de Mondéjar quedó triunfante en el Consejo el partido que optaba por las medidas de rigor, y al mes siguiente de aquel suceso (octubre de 1569) expidiéronse por Felipe II dos provisiones, mandando la una internar á los moriscos que aun habían quedado en Granada, y disponiendo la otra la publicación de la guerra á sangre y fuego.

Entre tanto Aben-Humeya, que había escrito á D. Juan de Austria una carta proponiéndole que dejase en libertad á su padre y un hermano que tenía presos en Granada, en rescate de ochenta cautivos cristianos, y que, no obteniendo respuesta alguna, volvió á dirigir otra epístola al alcaide de Guejar sobre este asunto con peor suerte, pues el alcaide dió cuenta á los moriscos de los tratos en que su Rey andaba, llegó á ser víctima de una traición fraguada por Aben-Abó, Diego Alguacil y varios otros, que ya no miraban con buenos ojos á su Rey.

Irritado el primero, de antiguo, por haber sido relegado á segundo lugar y depuesto despues por Aben-Humeya, y celoso de este el segundo, por haberse llevado á una prima suya con quien vivía amancebado, determinaron darle muerte, y despues de haber suplantado su firma en un documento en que aparecía como traidor á su causa, se apoderaron de él y le estrangularon, á pesar de sus protestas de estar inocente del crimen que se le imputaba.

Fue nombrado Aben-Abó para reemplazarle, é inmediatamente que su elección fue confirmada por el rey de Argel, se tituló *Muley-Abdallah-Aben-Abó, rey de los andaluces*, y puso en su estandarte el siguiente lema: *No pude desear mas ni contentarme con menos*. Distribuyó los principales mandos entre el alcaide de Guejar, El-Xoaybi y Jerónimo-el-Malech, al cual reemplazó despues, por su muerte, Fernando-el-Habaquí; y como quiera que ya entonces eran dueños los moriscos de los fuertes de Galera, Seron, Tijola, Purchena y otros, y se hallaban reunidos en masas de cinco y diez mil hombres, daban no poco que hacer á los cristianos, y aun conseguían algunas ventajas sobre ellos, favoreciéndoles en gran manera el terreno en que operaban.

Cansóse al fin D. Juan de ver que no se daba á la guerra el debido impulso, y en su consecuencia, representando á su hermano

tal cual era la situación, consiguió de este que dispusiera la formación de dos ejércitos, uno de la parte del río Almanzora, al mando del mismo Príncipe, en reemplazo del marqués de los Velez, que se manifestó muy sentido de ello, y el otro por las Alpujarras, acudido por el duque de Sessa.

Hecho esto, tomó D. Juan con su gente el camino de Guadix y Baza, no sin arrojar antes de Guejar á los moriscos que en él se guarecían y ponerle el conveniente presidio.

En Baza se le unió D. Luis de Requesens con varias piezas de artillería que había ido á buscar á Cartagena, y en Huéscar se le presentó el marqués de los Velez, á quien reemplazaba, y que despues de haberle dado cuenta brevemente del estado de la guerra por aquella parte, se retiró á su villa de Velez el Blanco, bastante ofendido como ya hemos dicho.

Era el proyecto del Príncipe irse sucesivamente apoderando de los fuertes ocupados por los moriscos, y en su consecuencia, dió comienzo por el de Galera, que, tras algunos asaltos, en los que perdieron los sitiadores no poca gente, fue entrado al fin, acuchilladas dos mil ochocientas personas, entre hombres, mujeres y niños, y la villa asolada y sembrada de sal.

Un desastre ocurrido nueve dias despues (19 febrero, 1570) vino á enturbiar la alegría de este triunfo. Vuelto á Baza D. Juan, dispuso hacer un reconocimiento sobre el castillo de Seron, y penetrando imprudentemente los soldados en la villa, cegados por el afán del pillaje y el saqueo, dieron tiempo á que, acudiendo de las montañas seis mil moriscos, les pusieran en tan grave aprieto, que les acuchillaron mas de seiscientos, hirieron al capitán D. Lope de Figueroa y á Luis Quijada, que murió de la herida en Canilles, donde fue trasladado, y el mismo D. Juan debió solo la vida al temple de su celada, en la cual dió una bala que no la pudo pasar.

Pidiéronse inmediatamente refuerzos al duque de Sessa, que con flojedad sostenía la campaña por el lado de la Alpujarra, ordenósele que llamara la atención del enemigo por aquella parte, y se avisó á Ubeda, Baeza y Jaen para que dos mil infantes de Castilla, que por dichos puntos habían de pasar, fuesen inmediatamente á unirse á la gente de D. Juan, y conseguido esto, encamináronse todos nuevamente á Seron, que hallaron ardiendo y abandonado por los moriscos, convencidos de la inutilidad de la resistencia. Las fortalezas de Purchena, Cantoria, Tahalí y otras cayeron igualmente sin combate en poder de las tropas españolas.

Era esto debido á los tratos que, empezados en el campo del duque de Sessa y continuados en el de D. Juan, se llevaban con Fernando-el-Habaquí para conseguir la reducción de los rebeldes; en virtud de ellos, propúsose á este que volviera al servicio del Rey, en la seguridad de ser por él bien recibido, si coadyuvaba á la sumisión de los moriscos; y pareciéndole aceptable el trato, comenzó por convencer á aquellos de que les sería imposible resistir el empuje de las tropas reales en los castillos, y que mas fácil les sería sostenerse en la Alpujarra, cuya estratagema, según hemos visto, surtió el apetecido efecto.

«Puesto el negocio de la reducción en este camino, y autorizado D. Juan de Austria por el Rey para que admitiese á los que llanamente y sin condiciones se presentaran, publicó un bando, cuyos principales capítulos eran los siguientes: — Todos los moriscos, hombres y mujeres, de cualquier calidad y condición que fuesen, que en el término de veinte dias pusieran sus personas en manos de S. M., ó de D. Juan de Austria, tendrían merced de la vida, y se mandaría oír en justicia á los que probaran las violencias y opresiones que los habían provocado á levantarse. — Todos los de quince á cuarenta años que en dicho plazo se rindiesen, y trajeren además una escopeta ó ballesta, harían libres á dos de sus parientes mas allegados. — Los que quisieran reducirse, podrán acudir al campo de D. Juan de Austria ó del duque de Sessa, en los lugares que mas cerca estuviesen. — Para ser conocidos desde lejos, llevarían cosida á la manga izquierda del vestido una cruz grande de paño ó lienzo de color. — Los que en dicho plazo no se redujesen, sufrirán el rigor de la muerte sin piedad ni misericordia. De este bando se circularon traslados por todo el reino (1).»

Como se ve, despues de censurar tan acremente al marqués de Mondéjar, acudíase al sistema de reducción por él propuesto, y se llevaba el refinamiento de la habilidad hasta el extremo de fingir una carta de un faquí en idioma árabe, en la cual se condolia de las desgracias de los moriscos, y les excitaba á deponer las armas, cuya carta fue hecha circular entre ellos por personas hábiles.

Con todas estas medidas contrastó, por lo extemporánea y cruel, la decisión de Felipe II, en virtud de la cual se mandaba internar en Castilla á los *moros de paz*; es decir, á aquellos de los moriscos que, por leales á la causa real, se habían exceptuado del cumplimiento de la primera orden de expulsión, viviendo tranquilamente en la Vega, en la Alpujarra, en Ronda y en las sierras y rios de Almería, y que fueron también como los anteriores arrancados de sus hogares y llevados al interior.

(1) Lafuente, *Historia de España*, part. III, lib. II, cap. XII.



TRÁGICO FIN DE ABEN-ABÓ

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CII.

Continuación de la guerra.—Prosiguen los tratos para la reducción de los moriscos.—Convenio con el Habaquí.—Tratos con Aben-Abó.—Su doblez y astucias.—Asesina al Habaquí.—Trágico fin de Aben-Abó.—Termina la guerra.—Puéblase de cristianos el reino de Granada.

PROSEGUÍASE sin resultado decisivo la campaña, lo mismo por la parte del río Almanzora, los Padules y Terque, que recorría D. Juan de Austria, que por Adra, Ujijar, Castil de Ferro y Verja, donde se hallaba el de Sessa; mas hacíase flojamente por ambos lados, á consecuencia de los tratos de reducción, que continuaban, y esto dió márgen á que no pocos de los soldados, que iban á la guerra alentados solo por la esperanza de botín, se desertasen, sobre todo en el ejército del Duque, que presto se vió reducido, de diez mil, á solos cuatro mil hombres, con los cuales, llamado por el Infante, tomó la vuelta de los Padules y se incorporó á este, con quien marchó ya unido en lo sucesivo, tanto para poder emprender operaciones de importancia mayor, cuanto para evitar tan continuas deserciones.

Entre tanto, D. Alonso de Granada Venegas, que ya había mediado en los tratos con el Habaquí, escribió una carta al mismo Aben-Abó haciéndole proposiciones, á las que contestó este manifestando las causas que habían motivado el alzamiento, representando los agravios que de los cristianos habían recibido los suyos, y designando al mismo Habaquí para que con él se concertaran las condiciones de la reducción, siempre que fueran decorosas y dignas de ambas partes.

Para este efecto se convino en celebrar con este y los principales caudillos moriscos una entrevista en el Fondon de Andarax, donde acudieron ellos, así como los comisarios de D. Juan, formulando los primeros sus acostumbrados cargos contra los cristianos y manifestando exigencias un tanto exageradas, á las que se respondió, con acuerdo del Infante, que trajesen primeramente poder de Aben-Abó, en cuyo nombre habían de rendirse, y una vez que le tuviesen, presentasen un memorial de súplica pidiendo solo lo que en justicia podía concedérseles, y para evitar mayores dilaciones, dióseles ya dicho memorial redactado por el secretario de D. Juan, á todo lo cual se avinieron los rebeldes, prometiendo el Habaquí y los que con él habían venido, que volvería antes de ocho días con los poderes necesarios.

Efectivamente, seis habían trascurrido (19 mayo, 1570) cuando volvió este debidamente autorizado, y zanjada una pequeña desavenencia, á que dió márgen la intemperancia de un oficial llamado Pedro de Castro, que escribió al Habaquí una insultante carta, con vino al fin en que él, á nombre de Aben-Abó y los demás capitanes moriscos, se echó á los pies de D. Juan de Austria, y rindiéndole las armas y banderas, le pedía perdon de su alzamiento; y este, á su vez, los recibía en nombre de su hermano, dándoles seguro para que por nadie fuesen molestados y pudiesen vivir tranquilamente con sus familias en cualquier punto del reino, excepto la Alpujarra, por las razones que fácilmente pueden comprenderse.

«Hecho este concierto, dice un historiador de nuestros días, tomándolo de la excelente obra de Mármol (1), pasaron á los Padules, donde los esperaba D. Juan en su tienda, rodeado de sus consejeros y capitanes. Llegó el Habaquí, se apeó de su caballo, y echóse á sus pies, diciendo:—Otórguenos V. A., en nombre de Su Majestad, perdon de nuestras culpas, que conocemos haber sido graves; y quitándose la damasquina, se la dió á la mano, y dijo: Estas armas y banderas rindo á S. M. en nombre de Aben-Abó y de todos los alzados, cuyos poderes tengo.—Levantaos, le respondió D. Juan de Austria con mucha dignidad, y tomad esa arma, y guardadla para servir con ella á S. M.»—Concluida esta solemne ceremonia con gran rogocío de todos, tratáronse algunos puntos concernientes al total arreglo de los negocios, y á 22 de mayo partió el Habaquí para la Alpujarra á dar cuenta de todo á Aben-Abó, según estaba convenido.

Parecía que con este hecho, al que prestaron su asentimiento todos los caudillos moriscos, con el embarque para su país de los auxiliares de estos, turcos y berberiscos, y con las correrías de los capitanes cristianos tras de aquellos pocos que habían rehusado someterse, había de quedar extinguida la rebelion, toda vez que esta ya no contaba con fuerzas bastantes para contrarrestar las del Monarca; y sin embargo no fue así.

La orden de internación de los moros de paz dió lugar á un nuevo levantamiento en la serranía de Ronda, levantamiento que á duras penas pudieron sofocar D. Antonio de Luna, el duque de Arcos y otros capitanes; y como si esto no fuera bastante, el reyezuelo Aben-Abó, alentado por un refuerzo de turcos y moros que por entonces recibiera, ó envidioso del Habaquí por haber llevado este á feliz término los tratos para la paz, y enojado de las pocas personales ventajas que para él se habían estipulado, á cambio de la renuncia de un título que, no por ser quimérico, dejaba de halagarle, á pesar de las promesas que anteriormente había hecho, rehusó someterse, y continuó en las montañas con los mas tenaces, desistiendo de aquello en que antes consintiera.

En vista de esto, el Habaquí ofreció á D. Juan obligar á Aben-Abó á cumplir su palabra, ó traerle prisionero, para lo cual llevó consigo alguna gente, mas fue sorprendido por partidarios de este, y si bien en el primer momento pudo huir, halláronle á poco entre

(1) Rebelion y castigo de los moriscos, lib. IX, cap. I y II.

unas peñas y le condujeron á presencia de su anterior Monarca, que le hizo ahogar en secreto y mandó enterrarle en un muladar, donde estuvo mas de treinta días sin que nadie sospechase su desdichado fin.

Al propio tiempo que llevaba á cabo este crimen, escribió Aben-Abó á D. Fernando de Barradas y á D. Alonso de Granada Venegas para que se viesen con él, á fin de terminar los conciertos para su reducción, y al preguntarle qué había hecho del Habaquí, respondió que le tenía preso, porque había pretendido engañar á todos y solo había cuidado del propio provecho y del de sus parientes; pero que tranquilizara á estos, pues le trataría bien y le daría la libertad en breve. Y mientras esto escribía á los cristianos, á fin de acallar sus recelos y ganar tiempo, despachaba emisarios á los alcaides turcos de Argel, noticiándoles cuanto ocurría y pidiéndoles socorros. Tuvo despues una entrevista con Hernan Valle de Palacios, enviado del Infante, á quien recibió sentado y rodeado de mujerzuelas que tocaban la zambra, y respondiendo á sus exhortaciones para que se sometiese, dijo: «Que Dios y el mundo sabían que los turcos y moros le habían nombrado rey sin que lo pretendiera; que no pondría obstáculos para que se redujesen los que quisieran; pero que él había de ser el último, y aun cuando se viese solo, no se daría jamás á merced, pues si la necesidad le apretase se metería en una escondida cueva donde tenía agua y víveres para seis años, durante cuyo tiempo esperaba hallar una barca para pasar á Berbería.»

Con esta respuesta, y con la orden que se recibió del Monarca, impacientado por lo tardó de la reducción, para romper de nuevo las hostilidades, formáronse dos cuerpos de ejército, uno por la parte de Guadix, á las órdenes de D. Juan de Austria, y otro por la Alpujarra, al mando de D. Luis de Requesens, encargados ambos de dar una batida general, que ya no pudieron impedir los nuevos y artificiosos manejos de Aben-Abó, descubiertos al fin por una carta que cayó en poder de D. Juan de Austria, y por otras noticias que iban recibiendo.

«Haciase la guerra á sangre y fuego; destruíanse los mijos, los panizos y todos los sembrados de los moros; degollábase á los hombres que se encontraban, y se cautivaba á las mujeres, que se repartían entre capitanes y soldados. Tenían los moros el país horradado de cuevas ocultas entre las breñas y riscos, donde ellos se escondían. En estas cuevas eran atacados por las cuadrillas del comendador y cazados como alimañas en sus madrigueras. Cuando á fuerza de armas no podían rendirlos, arrojaban por la boca cantidad de haces de leña encendidos, para que, ó el fuego los abrasara, ó los sofocara el humo. Así murieron muchos centenares de hombres, mujeres y niños (setiembre y octubre). Millares de moriscos, de viejos y de muchachos fueron cautivados en estas correrías; los soldados los vendían y se aprovechaban de su precio. De los moros que se cogían, los unos eran ahorcados, los otros, por ser ya tantos en número, sufrían la suerte de los cautivos, y se vendían en los mercados, siendo su producto para los aprehensores. Y al mismo tiempo el Comendador hacia construir multitud de fuertes para asegurar la tierra (1).»

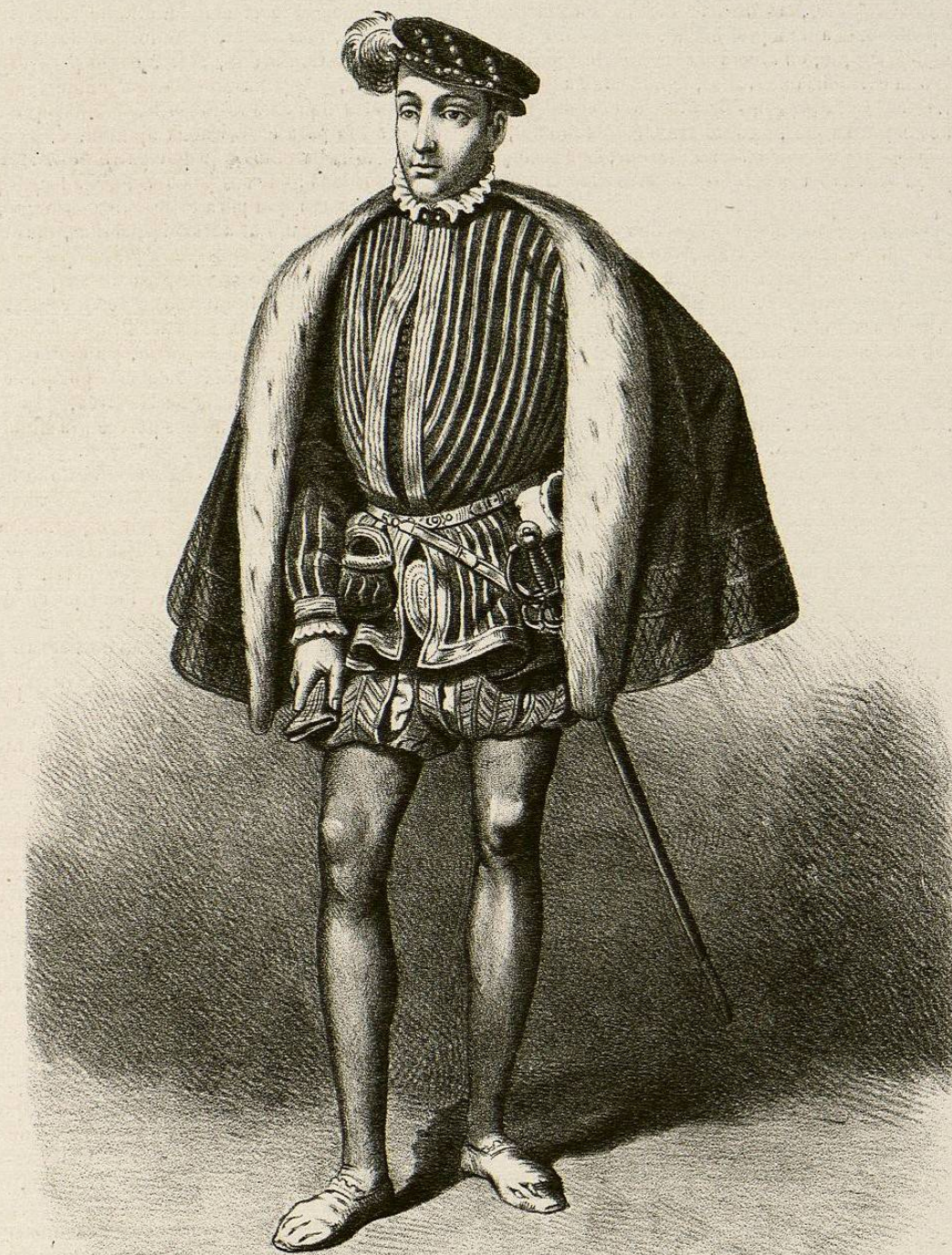
Llegó en esto una apremiante orden de Felipe II para que con toda brevedad se internasen en Castilla, así á los moros de paz que aun quedaban, como á los moriscos reducidos, cuya orden se llevó á cabo en primeros de noviembre, no sin dar lugar á desmanes de la soldadesca y á irritacion y desconsuelo de los moriscos, algunos de los cuales huyeron de nuevo á las montañas y otros pasaron á Berbería. Decidióse poblar de cristianos el territorio que quedaba despoblado, y, al efecto, ofreciéronse haciendas, inmunidades y privilegios á los que quisieran ir á habitarle, y consiguióse al fin el apetecido objeto, si bien al principio muy lentamente, pues todos temían ser víctimas de atentados por parte de los que andaban escondidos.

Despues de terminada la internación de los moriscos, regresó don Juan á Granada, licenció la mayor parte del ejército, y dejando en los fuertes las guarniciones necesarias y nombrando las cuadrillas encargadas de perseguir á Aben-Abó, único que con unos cuantos se mantenían en la sierra, regresó á Madrid al lado de su hermano.

El fin de Aben-Abó fue desastroso; sabedor de que uno de los suyos, Gonzalo-el-Xeniz, le hacia traicion y andaba en tratos con los de Granada, intentó prenderle, y para no infundirle sospechas penetró en su casa con solos dos hombres: echóle en cara su traicion, nególa este, y al ir aquel á llamar el resto de su gente, entre el Xeniz y seis hombres que tenía prevenidos, le dieron muerte. Su cadáver, relleno de sal para evitar su corrupcion, fue llevado á Granada, arrastrado, descuartizado, y su cabeza puesta en una jaula de hierro sobre el arco de la puerta del Rastro, con este letrero en gruesos caracteres:

*Esta es la cabeza
Del traidor Aben-Abó.
Nadie le quite
So pena de muerte.*

(2) Lafuente, Historia de España, part. III, lib. II, cap. XII.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 29.

EL PRÍNCIPE D. CARLOS

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.